

sanctos fuessen encerrados en la carcel, y que no se les diese de comer para que assi muriessen de hambre.

Però con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los sanctos, no perdian la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Aphrodisio, natural de Persia, quando se le daban estas nuevas (el qual avia martyrizado muchos Christianos) parecióle que alcanzaria grande gracia con el Emperador si acabasse lo que ninguno de los otros jueces avia acabado. Y para esto combidó à los sanctos à una magnifica cena para aliviar con esto los trabajos passados, y atraerlos à sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dixeron que se mantenian con pan del cielo, del qual quien comiere no padecerá mas hambre, sino vivirá eternamente; porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tyranno con esta respuesta: Vuestra cena (dixo él) será muerte con dolor: à la qual yo os combidare mañana.

Mandó luego otro dia traer dos piedras de atahona, y atallas à los cuellos de los sanctos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dandoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced à los dioses y à los Emperadores, y quien esto no hiziere assi será castigado. Esto hazia el tyranno por quebrantar los espiritus de los sanctos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza. Cá viendo los Gentiles el alegría del rostro dellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavia estaban vivos, teníanlos por hombres impassibles è immortales, y assi dexada la Idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y animo les avia dado. Y viendose el juez yá del todo desesperado, escribió al Emperador lo que passaba. El qual perdida tambien la esperanza, condenólos à carcel perpetua, para que assi enflaquecidos acabassen la vida.

Estando pues mucho tiempo en la carcel, muchos otros fieles padecieron martyrio antes dellos. Mas las guardas de la carcel cansados de aquella guardia tan prolixa, fueron à otro nuevo Emperador por nombre Maximino (que entonces comenzaba à imperar) à preguntarle qué mandaba hazer de aquellos Christianos presos que parecian immortales. El tyranno blasphemando primero de sus dioses, porque no avian podido quitar la vida à aquellos sus enemigos; y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancyra, embiólos à Lucio, que era Presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniessen à cumplirse la peticion de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados à ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la carcel, atandolos de tal manera, que estaban como envarados sin poderse mover, ni estender las piernas. Y el dia siguiente, llamando à Agathángelo le dixo: Yo sé que tú no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de condicion te dexaste engañar deste Clemente: pues de essa misma facilidad debes agora aprovecharte para hazer nuestra voluntad, y corresponder à la significacion de tu nombre, dandonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversion. A esto respondió Agathángelo: Esta constancia que vees en mí, no nasce de essa facilidad ò simplicidad que dices, porque si yo essa tuviera, cómo pudiera resistir à tantos jueces, y al mismo Emperador, y à tantas invenciones de tormentos con que nos pretendiades vencer, y à tantos artificios de promessas y palabras con que nos queriades engañar? Assi que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduria: la qual tiene mas cuenta con los bienes eternos que nunca se mudan, que con estos temporales que cada dia ván y vienen: y esta nos haze despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la

muer-

muerte por un sueño que passa. Assi que no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho mas Christo que por medio dél me llamó. Ni él me engañó, sino antes me libró del engaño en que vivia. Y assi ruego à Dios que desengañe à vosotros, para que desta manera os sea yo alegre mensagero de la verdad.

Visto el juez quan mal le avia sucedido este primer encuentro, mandó hincar al sancto unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo qual todo suffria el martyr fuertemente haciendo oracion y diciendo: Señor mio Jesu-Christo, no permitas que yo sea privado del fructo de aquellos bienes immortales, sino dame fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confession me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor dende lo alto esta peticion. Por lo qual viendo el juez que era por demás todo quanto hazia, apartando al martyr à un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza à los cinco dias de Noviembre, aviendo primero batallado con dos Emperadores, Diocleciano, y Maximiano, y con los magistrados Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los Idolos, y con Maximo, Aphrodisio, y Lucio.

Mas aquella piadosa y sancta madre Sophia, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martyrio, y se vió libre de los cuydados y temores que por él padecia, abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepulció à la entrada de una Iglesia que allí avia. Pero el sancto Clemente sabido el fin glorioso de su fiel discipulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando à Dios por este beneficio.

Mas el cruel tyranno no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al sancto, mandó que cada dia le diessen ciento y cinquenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada dia, todo su cuerpo y el

suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los Angeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón la piadosa y sancta madre Sophia, que de todo corazon amaba aquel sancto que ella avia prohibido, encendida con un grande zelo del amor de Christo, juntando consigo todos sus familiares, y los mozos que ella avia criado, entrando en la carcel desató al martyr y le sacó della. Y luego le vistió de una ropa blanca, y ella tambien en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniendole en la mano el Sancto Evangelio, y con muchas velas encendidas, y perfumes olorosos entró con él en la Iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le queria llamar, levantando una mano à lo alto (porque en la otra tenia el Evangelio) hizo primero oracion por su madre Sophia, y luego por sus clerigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiessen à nuestro Señor mercedes por él. Y desta manera entró en la Iglesia cerrando todos con mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanescido pues el dia glorioso de la Epiphania, celebró el sancto Obispo los sagrados mysterios, y dió el divino sacramento à los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviessen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo, que ninguno dellos pereceria, mas dos de vosotros juntamente conmigo partiremos desta vida, y luego cessará esta rabia y furor de los Gentiles, y succederá una nueva paz en el Imperio de los Romanos, y todas las ciudades y tierras se hinchirán del conocimiento de Christo, y se abrirán las Iglesias, y cerrarán los templos de los Idolos, y huirán los que los adoran, y perescerán los temores que vosotros agora padecéis: y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo vereis.

Diciendo esto el martyr, la sancta So-

Sophía amadora de los martyres, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó à su casa todas las viudas y huerfanos, à los quales por espacio de doce dias les daba de comer abundantemente, y à todos los demás que sobrevienian, y todos ellos festejaban estos dias honrando la venida de su pastor.

En esto se llegaba el dia del Domingo en que el Señor queria llevar para sí su siervo. Fue él este dia à la Iglesia, y celebrada su Misa, y dada la sagrada comunión à los fieles, entró uno de los magistrados acompañado de soldados, con grande impetu y furor en la Iglesia, y mandó à uno de sus soldados, que cortase la cabeza à Clemente. Y assi estando él sacrificando, fue ofrescido él mismo à Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban, se fueron de aí con muchas lagrimas, y solos dos ministros que assistian al sacrificio, de los quales el uno se llamaba Christoval, y el otro Chariton, (como el Sancto avia primero dicho) par de aquella sagrada mesa fueron con él sacrificados.

Mas su fiel madre Sophía encerrando aquel sancto cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivia, encendiendo muchos cyrios, embolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio y lo sepultó en la Iglesia donde fuera sepultado su compañero Agathángelo, para que tuviessen los cuerpos un mismo sepulchro, cuyas animas ya moraban en el cielo: y junto à Clemente sepultó los dos Diaconos, que con él avian padescido. Y assentada par del sepulchro de los sanctos, decia con entrañable afficion estas palabras: Yo hijos mios os sepulté en este lugar secreto, mas Christo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padecistes. Ya à mí la vejez me llama à vuestra compañía, la qual se ha dilatado hasta agora, para recibir vuestros cuerpos y sepultarlos. Y con muchas lagrimas decia: rogad al Señor por mí

que fuí vuestra madre, y vuestra ama, para que assi como aquí estuve con vosotros, assi allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

§. VI.

Fin de la historia.

O Quién supiesse agora philosophar sobre la historia destes dos tan gloriosos martyres, qué de flores tan olorosas podria coger deste tan fresco jardin, y qué motivos de amor y confianza en aquella infinita bondad, que assi quiso esforzar y glorificar sus siervos! Porque primeramente, aquí verá la grandeza de esa misma bondad y providencia del fidelissimo Señor para con sus fieles siervos, considerando quán presto les acudia en medio de sus batallas, y con quántos favores y regalos, con quántas maravillas por ministerio de Angeles los curaba, y mantenía, y proveía de nuevas fuerzas para entrar de refresco en la peléa. Donde notarémos (como arriba se dixo) una gloriosa competencia entre el Señor y sus fieles siervos: ellos à padecer por él, y él à obrar maravillas por ellos, y cumplir todas sus peticiones, confundiendo con esto sus adversarios, y glorificando sus sanctos. Y con ser este Señor el que obraba, y vencía en ellos y por ellos, queria que todo el merito desta obra fuesse à cuenta dellos. Dexabalos un poco padecer, y luego les acudia con su socorro, lo uno para su merecimiento, y lo otro para su esfuerço.

Aquí tambien verá la hermosura y orden de la divina providencia; la qual usa de la malicia de los malos para adelantamiento de su gloria, no solo por la que él recibia con la constancia de sus martyres, sino por los muchos que se convertian à la fé en la persecucion destes martyrios: de modo que por el medio que los tyrannos pretendian disminuir el numero de los fieles; por esse los acrescentaban, como aquí se ha visto.

Por aquí verá la efficacia de la sangre y redempcion de Christo, por cuyos

me-

merecimientos se dió à los martyres esta sobrenatural y espantosa fortaleza y constancia. Por aquí verá un linage de desafio entre la omnipotencia de la gracia (si assi se puede decir) y toda la potencia del mundo: la qual aquí llegó à lo ultimo de lo que podia, juntando en uno todas sus fuerzas, y todas las maneras y machinas de tormentos, que hombres y demonios pudieron inventar. Y esto no en un dia, ni un año, sino en veinte y ocho años, revezandose unos jneces despues de otros, y pretendiendo sobrepujar los unos à los otros, con mayor artificio y crueldad. Y con todo eso quedó el campo por la gracia, y toda la potencia del mundo vencida; affrentada, avergonzada, y corrida.

Por aquí verán quán engañados viven los que se eximen de guardar la ley de Dios, diciendo que es dificultosa y pesada, no mirando las fuerzas y virtud de la gracia que en estos martyres resplandesce, la qual está Dios aparejado para dár à quien hiziere lo que es en sí, sin faltar à nadie. Por aquí tambien verá quan mal pleyto tendrán los tales en el dia del juicio, quando allí muestre Dios el exercito innumerable de los martyres, con las insignias gloriosas de sus martyrios, y diga à los malos: Todos estos que veis aquí compraron el reyno del cielo con todas estas maneras de tormentos, y vosotros no lo quisistes comprar con la guarda de solos diez mandamientos. Por aquí tambien se confirmarán mas los fieles en la fé: porque (dexados aparte los otros martyres) qué hombre avrá tan insensible que no vea, que tal fortaleza como la deste glorioso Clemente y de su compañero no era possible hallarse en cuerpo y corazon humano, si no fuera potentissimamente socorrido, y ayudado con la virtud y fortaleza del brazo de Dios? Y pues este Señor era el que ayudaba los martyres à la confession de la fé, siguesse que ella sea verdadera, porque no puede Dios dár favor y ayuda à cosa falsa, ni ser testigo y fau-

Tom. IV.

(a) Matth. 26.

tor de mentira. Sobre todo esto aquí verá la gran fuerza de la charidad y amor de Christo, considerando con qué palabras y ruegos pedia la madre deste sancto à su unico y muy amado hijo, que muriesse por Christo: y la fiesta que hizo la segunda madre Sophía, quando vió este hijo que ella tanto amaba muerto y despedazado en sus brazos: pues comidaba à todos los fieles à comer en su casa para celebrar esta fiesta: y quán leños estaba de ponerse luto por la muerte deste hijo, pues esse dia contra el estilo y autoridad de su persona y edad, se vistió de ropas blancas en señal de alegría. Dónde están aquí las leyes de naturaleza? Dónde la vehemencia del amor de madre para con un tal hijo? Dónde tambien verá quán grande sea el merecimiento de padecer trabajos por la obediencia y gloria de Christo, pues à este posponian las sanctas madres la vida y amor de sus hijos. Estos y otros semejantes frutos podrá coger el prudente lector, leyendo esta historia, con la qual tambien se avergonzará de regalar su carne, y se consolará en sus trabajos, y esforzará à padecer alguna cosa por amor de aquel Señor, por quien los martyres tanto padescieron: y finalmente verá, quán grande mal sea un pecado mortal, pues por no caer en él, aunque fuesse por un pequeño espacio, tales tormentos padescieron los martyres, aunque sabian que caídos en él por temor de los tormentos, tan facilmente alcanzarán el perdon, como lo alcanzó el Principe de los Apostoles (a), quando por temor humano negó à Christo, &c.

CAPITULO XXIII.

De otra persecucion que padesció la Iglesia en tiempo del Emperador Antonino Vero.

Despues desta tan grande persecucion de Diocleciano, añadiré aquí un pedazo de otra que fue en tiempo de Antonino Vero, referida por una devo-

Qq

tis-

tissima carta de los fieles de Leon de Francia y Viana (que contiene cosas admirables) la qual enxirio Eusebio Cesariense en el quinto libro de la historia Ecclesiastica por estas palabras:

Nobilissimas ciudades de Francia son Leon y Viana, por donde passa el muy caudaloso rio Rodano: en las quales en tiempo del Imperio de Antonino Vero acaescieron muchas cosas memorables, assi por la crueldad de los perseguidores, como por el fuerte sufrimiento de los nuestros. Pero será deleytable cosa oírlas recontadas por la carta que los moradores de las mismas ciudades escribieron à las Iglesias de Asia y de Phrigia, del tenor siguiente.

§. I.

Principio de la persecucion, y del prolongado martyrio de los bienaventurados Sancto y Blandina.

LOS siervos de Christo moradores de Leon y Viana ciudades de Francia, à todos los hermanos que en Asia y Phrigia tienen la misma fé y esperanza de gloria, por la redempcion de Christo. Paz sea con vosotros, gracia y gloria de Dios Padre, y de Jesu-Christo su hijo. La grandeza de nuestra tribulacion, y la crueldad de los Gentiles, que en los sanctos martyres executan, ni nosotros en presencia podemos comprehender, ni menos referir à otros por cartas. Con todas sus fuerzas nos acometió el enemigo, esperando que por la terribilidad del combate descubriria portillo por donde se entrasse la ciudad de nuestra fé. Y para esto enseñaba à sus ministros à cumplir en los siervos de Dios todas las artes de crueldad y malicia. Primero vedándonos la morada de nuestras propias casas, despues el uso de los baños comunes, de ahí adelante mandando que no parezcamos en publico. Finalmente que ni en público, ni en secreto, ni por los campos estemos en compañía de hombres. Mas la gracia de Dios no nos

(a) Rom. 8.

aparta de sí: antes à los mas flacos de nosotros libra de su poder, y pone por escudo varones mas firmes que columnas, que por su paciencia pueden no solamente sufrir los golpes del enemigo, mas de su gana salirle al encuentro, y alegremente offrecerse à los tormentos è injurias, y avergonzar à los verdugos cansados, pareciendoles que por su floxedad se detienen segun la priessa llevan al Reyno de Christo, pregonando con sus obras y con la virtud del sufrimiento lo que el Apostol. escribe (a): que no son merecedoras las passiones deste siglo de la gloria venidera, que se revelará en nosotros. O qué animosamente suffren el *mueran*, *mueran* del pueblo, y sus baldones y depuestos tienen por esclarecidos loores! O qué de buena gana esperan à ser encarcelados, y azotados, y apedreados, y todos quantos tormentos inventa la furia del pueblo! Finalmente un dia con gran alboroto estando presente el capitán, y todos los principales de la ciudad, fueron presos muchos hermanos, y llevados à la presencia del juez, que à la sazón venia de fuera: con los quales usó de tanta inhumanidad, que nadie podrá decir las formas de penas que su ferocidad descubrió. Uno dellos era Vecio Pagato: el qual con Dios y con los hombres guardaba perfecta y verdadera charidad: cuya vida aun en su juventud era de todos tan aprobada, y en tanto tenida, que à muchos gravissimos viejos era antepuesto: porque conversaba sin queixa ni agravio de alguno en todos los mandamientos y justicias del Señor, y siempre se hallaba presto y alegre para el servicio de los siervos de Dios. Este lleno de sancto zelo y fervor de espíritu, viendo que tan duros tormentos se daban à los sanctos, y que contra derecho y razon tantas penas se intentaban contra las entrañas de hombres, y tales hombres, no pudiendo sufrir tanta injusticia, demandó audiencia para alegar por los excelentes ciudadanos, y responder por aquel los contra

tra quien ningun crimen se podia probar: porque con ser el mas noble, era tambien el mas enseñado de toda su gente. Pero la porfiada dureza del juez no dió lugar à que hablasse lo que queria: mas solamente le preguntó si él tambien era Christiano. A quien respondió con libre y alta voz, que Christiano era. Dixo entonces el juez: Sea puesto en compañía de los presos, pues se hace su abogado. Antes deste, el sancto presbytero Zacharias por la perfection de su charidad, siguiendo las pisadas de quien por sus ovejas puso su anima, por defension de la libertad de los fieles padesció martyrio: y assi el uno como el otro siguieron al cordero dó quiera que vá en el reyno celestial. Pues con tales capitanes esforzandose todo el exercito de los fieles, alegremente pierden sus vidas, antes que menoscaben su fé. Verdad es que algunos flacos para sufrir el peso de los tormentos, que eran diez en numero, nos dexaron por su caída grande lloro y tristeza, y quebrantaron los corazones de muchos à quien la virtud de los primeros avia animado. Por donde comenzamos à temer, no los dolores, mas el incierto fin de cada uno, y mucho mas gravemente nos afligian las caídas de los nuestros, que las mismas heridas. Pero cada dia se prendian otros con que se recompensaba la falta de los vencidos: tanto que en ambas ciudades todos los mas señalados, y estimados en virtud (por cuya industria se regian las Iglesias) están en la carcel: entre los quales acaeció, que prendieron algunos paganos siervos de los nuestros (porque comunmente estaba mandado, que todos se pesquisassen y prendiesen) los quales temiendo los tormentos, que veían dár à sus señores, y justiciados por los verdugos (à quien por consejo del diablo avia sido mandado, que los amonestassen) testificaron falsamente contra los nuestros delictos abominables: Que matábamos niños, y los comiamos, y que cometíamos torpedades que no es licito

Tom. IV.

(a) Joan. 16. é obratuzom. Qq2

decir ni pensar, quales no es creíble que hombres en algun tiempo hizieron. Lo qual como se publicasse de nosotros à la gente, todos nos aborrecian y maldecian, aun aquellos que antes deseaban mas templanza en nuestro tratamiento. Y todos à una voz comenzaron à brammar, y encruelcerse contra los Christianos. Entonces entendimos que se cumplia lo que el Señor tenia dicho (a): Vendrán dias, quando qualquiera que os matare, pensará que haze servicio à Dios. De ahí adelante sobrepuja toda arte de decir la terribilidad de los tormentos que à los sanctos martyres se daban: porfiando Satanás por la grandeza de la affliction acabar con alguno dellos, que confessasse los delictos de que eramos infamados. Para lo qual se juntaron con igual furia el pueblo, y juez, y sus oficiales, y la gente de guerra, y apretando señaladamente al sancto Diacono Viennense, y à Maturó recien baptizado (pero muy confirmado en la fé) y à Atalo ciudadano de Pérgamo, que fue colona y sustentacion de nuestra Iglesia: y à Blandina, muger en quien mostró Christo, que las cosas tenidas en poco, y despreciadas de los hombres, son por él mucho estimadas, y que la charidad fortalece por la gracia las cosas que de su natural son flacas. Porque teniendo todos nosotros que Blandina blandearia, porque era esclava, y de baxo estado, y rezelandose su misma señora que era del numero de los martyres, que por ventura con vil corazon se dexaria vencer de los dolores, y que por la flaqueza del cuerpo apenas tendria fuerzas para sufrir los someros acometimientos, no fue assi. Cá primero desmayaron y se enflaquecieron las fuerzas de los sayones, que por mandamiento del juez, unos despues de otros se renovaban, tanto que dende el alva hasta la tarde todo el dia gastaron en sus tormentos: y finalmente se rindieron, quando à ella no quedaban carnes que pudiesen recibir mas heridas. Pero aque-

lla dichosa muger (segun despues ella mesma nos descubrió) quantas vezes pronuncia palabras de confession, diciendo: *Christiana soy*, tantas vezes volvia à su cuerpo las fuerzas perdidas, y cessando por la confession los dolores, tornaba de refresco à la lucha. Por lo qual conociendo la virtud de aquellas palabras, *Christiana soy*, mas à menudo y con mayor alegría las pronunciaba, diciendo: *Christiana soy*, y ningun mal hazemos de los que nos acusais. Assimesmo el Diacono llamado Sancto, sufrió nuevos linages de penas, mayores que decir se pueden, y que es possible sufrir à la humana naturaleza. Pero el varon lleno de Dios, tan grande escarnio hizo de sus fieros y rabiosos mordiscos, que nunca siendo preguntado, les quiso declarar de qué ciudad era, ni de qué provincia, ni de su linage, ni siquiera su nombre: mas siendo preguntado de todas estas cosas, à cada una respondia: *Christiano soy*: este es mi nombre, este es mi linage, esta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino *Christiano*. De donde à los verdugos su mismo corage era tormento, viendo que con tantas heridas no le podian sacar que manifestasse su apellido, dado que le ponian planchas de hierro, y de cobre ardiendo sobre las ingles, y en otras partes delicadas del cuerpo, y de nuevo las encendian, y assi sus carnes con el fuego se derretian, pero su corazon perseveraba entero, y constante, y sin temor, templando las ardientes llamas del fuego con el agua de la celestial y eterna fuente de vida que salió del costado de Jesu. Ya todos los miembros del cuerpo tenia llagados, mas antes en todo su cuerpo tenia una llaga, y la figura de hombre tenia perdida, tanto que no solo no se podia conocer quien era, mas ni qué era: solamente se conocia en él Jesu-Christo por su gloriosa confession, y por la paciencia con que venia el poder de los enemigos. Esforzaba sus compañeros al sufrimiento con el exemplo de su passion, mostrando à to-

dos en su mesma persona, que ninguna cosa ay terrible à quien Dios ama, y ninguna pena se siente, que se sufre por el deseo del parayso. Pero los oficiales de la maldad no reverenciaban la virtud del sancto martyr, mas despues de pocos dias, pensando que si (estando las llagas hinchadas, y tan lastiméras, que de solo tocarlas recibiria molestia) le renovassen los tormentos, y le rompiesen las carnes podridas, consentiria en su infidelidad, ò espirando en el tormento pondria espanto de su fiera, y miedo à todos los otros, volvieron à atormentarlo. Pero todo salió al rebés de lo que los malos pensaron: porque por los segundos tormentos volvió su cuerpo à su primera sanidad y hermosura, y las fuerzas de los miembros que la primera crueldad avia quitado, restituyó la segunda: assi que los tormentos repetidos no le fueron dolorosos, antes medicinales. Despues desto sacaron à Blandina (de quien arriba contamos) otra vez al tormento: la qual como estuviessse medio muerta, como dicen, y el pie en la sepultura, en tocandole los primeros golpes, como si la recordáran de profundo sueño, puso su corazon en la bienaventuranza venidera: y como Senador que dende lugar alto y público haze razonamientos al pueblo, con tanta autoridad y seguridad comenzó à dezir: Muy errados estais, ò varones, que pensais que comen carnes humanas los que por su templanza dexan de comer carne de animales comederos. Y perseverando por algun rato en su firmeza, otra vez la volvieron à la compañía de los otros presos.

§. II.
Del Martyrio de Sant Photino Obispo, y algunos otros: castigo de los renegados, y fortaleza de sancta Blandina.

Despues que vació el aljaba de todas sus saetas el enemigo, faltando ya linages de penas que sobrepujas-

sen

sen la constancia de los martyres, halló el demonio nuevos ardidés para combatir su fortaleza. Dexólos consumir en la estrechura y en la humedad de la carcel con pesadumbre increíble y apretamiento de prisiones, metidos en sotanos hondos y escuros, para que allí espirassen por el dolor de las llagas recebidas. Y assi fue que muy muchos en esta affliction dieron el alma à Dios, aceptando el Señor su fin glorioso. Pero en tanta fatiga no nos faltó el socorro de la gracia soberana: porque algunos otros, dado que no menos crueles tormentos avian recebido, de que poco ni mucho se avian curado en lugar tan contrario à su salud, por la virtud divina convalescieron, y cobraron subita alegría de corazon, y fuerzas corporales, no en valde, mas para amonestar à los otros la virtud de la perseverancia. Mayores dolores sentian por los que del dia antes avian sido atormentados: porque aun no se avia mitigado el escocimiento de las llagas. Estos morian con la fatiga del hedor de la carcel, y con la estrechura y escuridad en que estaban, uno de los quales fue el bienaventurado Photino, Obispo de Leon, cuya passion gloriosa no es justo callar. Porque siendo de edad de noventa años, y sin fuerzas corporales, como hombre de tanta vejez, y quasi todo al mundo muerto, y solamente vivo para el amor del martyrio, fue llevado à la audiencia del juez, no guiándole otros, mas llevándole en hombros, porque estaba debilitado por los muchos años y largas enfermedades. Cuya anima se avia detenido para que Christo triumphasse mas gloriosamente en tan miserale cuerpo. Y puesto el viejo en presencia del pueblo, todos à una voz dixerón: Este es el mesmo Christo. Y preguntándole el juez: Quién es el Dios de los Christianos? Respondió: Saberlo has, si fueres digno. Luego se encendió la furia rabiosa de todos, y los que cerca estaban, comenzaron à herirle con puñadas, y bofetadas, y cozes, sin acatamiento de su anciania y auto-

ridad. Y los que estaban apartados, arrojábanle qualquiera cosa que à mano hallaban, con que le pudiesen herir: tanto que se tenia por culpado el que de alguna manera no lastimasse al viejo: creyendo que desta manera vengaban à sus dioses. Pero como despues de muchos escarnios y golpes le metiessen medio muerto en la carcel, poco despues embió à Dios su glorioso espíritu.

En la mesma affliction hizo con nosotros la benigna mano del Señor grande misericordia sin nosotros esperarla, mas concedida por la liberalidad divina, y ordenada por la sabiduria de Christo, que quiso magnificar à sus fieles. Los perseguidores hizieron lo que no ay memoria que otros hiziesen en los tiempos passados. Todos aquellos que primero siendo llamados, ò puestos à tormento avian negado la fé, metieron juntamente en la carcel. Y para que su castigo fuesse sin consuelo, no ya acusados por Christianos, sino por matadores de hombres, y malhechores. Por lo qual tenian los desventurados la pena doblada. Porque la esperanza del descanso, y la gloria de su confession mitigaba los dolores de los leales, y la charidad de Christo, y la gracia del Spiritu Sancto recreaba su affliction: pero à estos su propia consciencia fatigaba mas asperamente que los grillos, y cadenas, y el hedor de la carcel: tanto que en el gesto y en los ojos se diferenciaban de los fieles. Porque los sanctos salian à la audiencia ò al tormento regocijados, y en sus rostros parecia no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas: y de la santidad de la carcel salian olorosos à Christo, y à sus Angeles, y à sí mesmos, como si no uvieran estado en carceles, sino en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes: y à los mesmos Gentiles eran escarnio como fementidos y cobardes, que perdida la lealtad, no escapaban de ser castigados; porque privados del ti-

tu-

tulo de Christianos, passaban por la pena de adulteros y homicidas. Lo qual viendo los otros mucho mas se animaban, tanto que en siendo presentados, sin detenimiento ni alteracion afirmaban que eran Christianos. Despues de algunos dias Jesu Christo los embió pocos à pocos à su padre coronados con guirnaldas de diversas flores, por las diversas penas de sus martyrios: para que de mano del soberano Emperador, como Cavalleros vencedores recibiesen las insignias, y galardon de su triumpho. Porque Maturo, y Sancto, y Atalo, y Blandina en un dia de fiesta que los Gentiles celebraban ayuntados millares de gente, fueron puestos en medio del campo, donde apartando à Maturo, y à Sancto, como de nuevo porfiaban por todas vias los verdugos, instigados por las locas voces del pueblo, de quebrantar su paciencia, y quitárles las coronas de la cabeza. Pero sus corazones tanto mas se esforzaban, quanto mas cercana sentian la palma del vencimiento: la qual les parecia que ya tocaban con la mano, y la llevaban levantada entre los Angeles y animas bienaventuradas. Acabadas las diferencias de tormentos, y llegado quasi el fin de las fiestas, perseverando immovibles, fueron sentados en sillas de hierro ardiendo, donde derretidas sus carnes, primero azotadas, y finalmente cortadas las cabezas, embiaron sus esforzados espiritus à Dios.

Despues desto ataron à Blandina à un tronco, estendida à manera de Cruz, y assi la dexaron para que fuesse comida de bestias. La qual puesta en el madero, con sereno y alegre rostro hacia oracion al Señor, supplicandole à ella le diese firmeza, y à los otros sus compañeros perseverancia. A la qual oracion no poco ayudaba con el exemplo de su gran fortaleza, cobrando confianza con lo que está escripto, que los seguidores de las passiones de Christo (a), serán en su compañía juntamente coro-

nados. Y como ninguna fiera osasse tocar en su cuerpo, pusieronla otra vez en la carcel, guardada para mayores luchas, y para acabar de desmenuzar la cabeza de la serpiente, y para que entre tanto, esforzasse los corazones de los hermanos, viendo que muger flaca de su linage y fuerzas, tantos linages de tormentos sufría, y de todos salia vencedora. Atalo fue luego pedido por la grita del pueblo, el qual era noble, pero su mayor dignidad era su perfecta vida y constancia en la fé de Jesu Christo. Y como le sacassen al corro de toda la gente, con un retulo que decia: *Atalo Christiano*; començó à bramar contra él el furioso pueblo. Pero siendo el presidente informado, que era ciudadano Romano, remitióle à Cesar, mandando que entre tanto estuviesse preso à buen recaudo, hasta que llegasse la determinacion del Emperador, para lo que se avia de hazer dél, y de los otros.

§. III. *Prosigue la historia de la misma carta.*

Entre tanto los sanctos martyres detenidos en la carcel, no consentian passar el tiempo en valde: mas con alegría de corazon, y con grandeza de fé animaban à los que mas flacos parecian: y antes que ellos saliessen al tablado, embiaban por sus amonestaciones muchas animas à la gloria. De donde nascia incomparable gozo à la sancta madre Iglesia, viendo sus hijos (que al parecer estaban quasi muertos) ser por el esfuerzo destes restituidos à la vida: y que otros, que negando avian sido abortados de su vientre, otra vez renascian, y respiraba en su pecho la fé viva del Salvador, y la esperanza de lo que está escripto (b): que no quiere Dios la muerte del peccador, sino que se convierta, y viva. Dende à algunos dias llegó el mandamiento del Cesar, que los

pertinaces fuessen castigados, y los que negassen fuessen sueltos. Luego en un dia señalado, que en nuestra ciudad se haze mercado muy caudaloso, ante gran ayuntamiento de gente mandó el juez aparejar sus estrados, y traer delante de sí los presos, no solo para exercitar en ellos su crueldad, mas para hazer dellos pomposo fausto, y ganar injusta y vana gloria de los circunstantes. Otra vez buelven las cruces, otra vez los azotes, otra vez los tormentos, y diffinitivamente mandó que los que fuessen hallados ciudadanos Romanos fuessen degollados, los otros echados à las fieras. Mas los unos y los otros con igual generosidad y alegría cantaban loores al Señor por el fin de sus trabajos. Y muchos de los que antes avian negado, y no por esso se libraron (segun arriba diximos) dado que entonces los mandaron soltar, holgaron antes de ser atados con los corderos, y llevados al sacrificio: y apartados de la manada de la perdicion, se juntaron al rebaño de Christo. Y conociendo el juez de la causa destes, caeció que Alexandro, de nacion Phrygio, medico, varon religioso y prudente, amado y agradable à todos por la bondad de sus costumbres y cordura, estando en presencia del juez, encendido en amor de Dios y zelo de la salvacion de sus hermanos, los esforzaba, y amonestaba, quando los ponian à tormento con señas y meneos; pero tan ossada y tan claramente, que los ciegos veian lo que les avisaba. Y como el pueblo lo viesse, ensañóse sobre manera, mayormente viendo que los que antes avian negado, daban la buelta. Y dieron voces y queexas contra Alexandro, diciendo que por su consejo se convertian. Al qual mandó el juez llegar à sí: y preguntandole quien era, con libre voz confesó su Christiandad. Por lo qual sin dilacion le condenó que le echassen à las fieras. Y en el dia siguiente le hizo sacar con Atalo, à quien por agradar al pueblo contra el mandamiento del Cesar hizo echar à las bestias. Pero ninguna

de las fieras llegó à hacer mal à alguno de los sanctos. Por lo qual los hizo azotar y dar otros tormentos en medio de todos, y despues delante de todo el pueblo degollar. Calló Alexandro en todas las penas, que ninguna palabra dixo: mas dende el principio hasta el fin siempre lo uvo entre sí y Dios, y en sus loores se ocupaba, y en continua oracion.

Pero Atalo estando en el tormento sobre un asiento de hierro ardiendo, y tostandose sus carnes, y pasando el olor dellas por las narizes de los circunstantes, dixo: Esto me parece que es comer carne de hombres. Pues por qué con tanta ansia pesquisais quien haze secretamente lo que vosotros cometéis en publico? Como quiera que nosotros ni comemos carnes humanas, ni hazemos algun mal de los que nos accusais. Y siendo preguntado: Qué nombre tiene tu Dios? Respondió: Los que son muchos tienen necesidad de nombres para ser conocidos: pero quien es uno, no tiene necesidad de nombre determinado.

Despues destes en el postrero dia de las fiestas sacaron à Blandina con Pónico muchacho su hijo, quasi de quince años: los quales por mandamiento del juez avian estado presentes à los tormentos de los passados, para que vistos aquellos se atemorizassen: y puestos en medio, mandaronles que jurassen por los dioses. A lo qual ellos respondieron: Ningunos dioses ay por quien podamos jurar: y con otras muchas palabras injuriaron à los dioses de los Gentiles. Por lo qual creció la furia del pueblo contra ellos, y sin compasion de la ternura del niño, ni respecto de la honestidad de la muger, los passaron por todos los tormentos de uno en otro. Entonces Pónico tomando siempre mayor esfuerzo por amonestacion de su madre, y perseverando constantemente en la fé del Salvador, dió al Señor su purissimo espíritu. Y la bienaventurada Blandina despues de todos, como noble madre de todos, se daba priessa por seguir los hijos que delante de sí avia embiado à la gloria del

del martyrio, segura y alegre como si fuera al tálamo de su Esposo, ò à comite de bodas: tanto que siendo azotada, y quemandose en las parrillas, no dissimulaba su alegría: antes mostraba tanto su regocijo, como si estuviera à la mesa del Rey. Despues fue echada à las bestias, pero ninguna la tocó. De allí inventaron otro genero de crueldad: porque encerrandola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado: el qual aunque le dió muchos golpes, y la arrastró por el campo, ningun mal ni lision le hizo; mas permaneció como siempre con alegre rostro, y corazon firme, y confiada en Christo hablaba siempre con él en su corazon. Finalmente fue llevada al tablado para ser degollada con gran espanto de los malos, que decian que nunca hembra se vió que tal viesse sufrido.

Con todo esto aun no se hartó la fiereza de los crueles: porque las costumbres barbaras y feroces embriagadas con el veneno de la antigua serpiente, no se podian aplacar: antes del sufrimiento de los martyres tomaban materia de mas braveza; porque se avergonzaban mucho, que uviessen tenido los atormentados mayor virtud para sufrir, que fuerzas los atormentadores para atormentar. Y de aqui se inflamaba mas el juez juntamente con el pueblo, para que se cumpliesse lo que está escrito (a): El malo persevere en su maldad, y el justo permanezca en su justicia. Pues con sobrado corage mandaron (cosa nunca oída) que los cuerpos de los martyres fuesen dexados à los perros, puesta guarda de dia y de noche, para que ninguno movido à compasion cogiesse sus huesos. De manera que si algun pedazo de carne avia escapado del fuego, ò de la boca de las fieras, junto con las cabezas cortadas, y cuerpos trancos, quedaban sin sepultura: y escudriñaban si avia mas que hazer à la inhumana crueldad contra aquellos que avian sa-

(a) Apoc. 22.

lido de los terminos de la vida: y regocijabanse las gentes, magnificando sus idolos, por cuya virtud decian que se avian vengado de sus enemigos. Y si alguno entre ellos avia manso y compasible, decia: Dónde está su Dios? Qué les aprovechó esta nueva religion por la qual perdieron las vidas? Entre ellos passaban estos escarnios, y entre nosotros avia gran llanto, principalmente porque no podíamos sepultar los cuerpos. Porque ni en la soledad de la noche teníamos facultad de arrebatarnos, ni eramos bastantes para sobornar à las guardas con ruego ò con dineros. Tan cuidadosamente tenian proveído que no se dicesse sepultura à los huesos desnudos. Despues de algunos dias para nos quitar toda esperanza de aver sus reliquias, quemaron los huesos de los santos, y bueltos en ceniza los echaron en el rio Rodano: y desta manera les parecia que acababan de vencer à nuestro Dios, y quitaban à nosotros la esperanza de su resurreccion. Porque decian: Esperan estos que algun tiempo se han de levantar de los sepulchros: y por esto engañados con esta vana supersticion se ofrecen à los tormentos y à la muerte. Pues agora veamos si resucitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos. Esto es lo que en aquel tiempo passaba en Francia, relatado por la carta de la Iglesia de Leon: donde podemos conjeturar lo que se hazia en las otras provincias.

§. IV.

Prosigue la misma carta, contando la mansedumbre, y humildad, y otras virtudes de los sobredichos martyres.

Pero no me pareció justo dexar lo que en la sobredicha carta se escribe; allende de los tormentos y muertes de los santos. Puestos en tanta gloria, aviendos tantas veces dado testimonio

nio de su fé, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las laminas de hierro ardiendo, no se olvidaban del exemplo de Christo, que siendo por naturaleza igual al padre, y de la mesma magestad y gloria, se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitacion ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban martyres, ni consentian ser assi llamados. Y si alguno por carta, ò de palabra assi los llamaba, reprehendianle, diciendo que tal titulo à solo Jesu Christo pertenecia, que solo fue hallado fiel testigo de la verdad, y es primogenito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que à otros se pueda comunicar este appellido, à aquellos conviene que por firme confession merecieren partirse desta vida, y llegar à la gloria. Pero nosotros (decian ellos) viles, y necessitados, deseamos que si quiera la confession de la fé permanezca en nuestro corazon y lengua. Y assi pedian à los otros hermanos, que rogasen à Dios por ellos, para que mereciesen alcanzar las insignias de perfectos martyres. Assi que tanta era su humildad, que siendo verdaderamente martyres, no presumian gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se avian: à los cuales mostraban la generosidad de su anima, desdeñando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Assi que eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnanimos: à los suyos mansos, y à los adversarios terribles: à Christo sujetos, al diablo y à sus oficiales altivos: humillandose debaxo de la poderosa mano de Dios, que agora los ensalza. Abonaban à todos, acusaban à ninguno, à todos escusaban, y à ninguno condenaban, y por sus perseguidores hazian oracion con las palabras de su alfez Sant Estevan (a): Señor no les cuentes este peccado. Lo qual encendia mas el corage del demonio, para hazerles mas cruda guerra: porque

Tom. IV.

(a) Actos. 7.

por la ardiente charidad que con Christo tenian, alcanzaban dél virtud, para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenia tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, assi ellos se avian con los tales, regalándolos, mostrandoles compassion, derramando por ellos arroyos de lagrimas al todopoderoso Señor, suplicandole los perdonasse, y assi se cumpliera. Porque no se tenian por contentos en ir solos à aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenian por cumplida la corona de su martyrio, considerando que quedaban captivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia avia arrebatado el enemigo.

CAPITULO XXIV.

Siguese otra persecucion que padescieron los fieles en Persia en tiempo del Rey Sapór: en la qual padesció Simeón Obispo de Seleucia, y Ustazades, varon excelente, y otros santos Sacerdotes.

EN tiempo del Religioso Emperador Constantino fue acusado falsamente ante Sapór Rey de los Persas Simeón Obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del Emperador Romano, y que le descubria los secretos de su reyno. Y dando él credito à sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos à todos los Christianos que uviessen en su reyno, no obstante que era informado que muchos dellos avian dexado sus bienes, y guardaban pobreza voluntaria, y ponian sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tyrannía de los alcavaleros dexassen la religion Christiana. Despues creciendo su crueldad, pasó à cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las Iglesias, y aplicó al comun de los pueblos los vasos y joyas que tenian: lo qual executaban los encantado-

Rr res.

res. Despues mandó parescer ante sí à Simeón, como traydor al reyno y religion de los Persas, atado con fuertes cadenas: donde gloriosamente mostró su fortaleza y magnanimidad. Porque mandandole el Rey parescer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir à su presencia, mas viniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo qual el Rey con ira le preguntó, cómo no le avia hecho reverencia como otras veces solia: à lo qual respondió Simeón: Hasta agora no venia preso para negar, ò afirmar la fé de mi Dios, y como sobre esta razon no avia entonces debate, cumplia la ceremonia que al Rey se debe por las leyes del mundo: mas agora yá no es licito, porque no parezca que te hago reverencia en offensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el Rey adorar al sol, y prometiéndole si lo hazia grandes mercedes, y si no lo hazia, la muerte suya, y de todos los Christianos que avia en su reyno. Y como no pudiesse moverle con fieros, ni ablandarle con promessas, mas fuertemente perseverasse en no querer adorar al sol, mandóle bolver à la carcel, creyendo que por la larga prision se doblegaria à consentir lo que le era mandado. Y llevandole à la carcel, un viejo estaba sentado à la puerta de palacio, el qual en su niñez avia criado à Sapór, y era entonces Mayordomo de su casa, llamado Ustazádes. Este viendo salir à Simeón por la puerta, hizole cortesía: pero Simeón reprehendiéndole agriamente à voces, y bolviendo la cabeza con desdén se partió dél. Esto hizo, porque siendo Ustazádes Christiano, poco antes por la fuerza de los tormentos avia consentido en adorar el sol. El qual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traía, y vistióse de xerga, y tornóse à assentar à la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decía: Ay de mí! Cómo creeré que se avrá Dios conmigo, à quien he offendido, quando Simeón mi amigo tan entrañable assi me menospreció, y me volvió el ros-

tro? Y como esto oyesse Sapór, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura avia acaescido algun desastre en su casa. Ustazádes respondiéndole, dixo: O Rey ningun infortunio ha venido à mi casa: mas pluguiera à Dios que en lugar de lo que me ha acaescido, viniieran sobre mí todas las adversidades, y todas las afliciones de los hombres. Antes lloro porque vivo: que muchos dias antes debiera morir. Veo al sol, al qual por obedescerte, adoré contra mi intencion. Por lo qual dos vezes merezco la muerte: una porque te engañé, siéndome mi Rey; y otra porque fui cobarde y desleal à mi Dios y Señor Jesu-Christo, que solo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto, juró por el criador del cielo y de la tierra, que de ahí adelante no mudaria su sentencia. Sapór maravillandose de la constancia de aquel hombre, mucho mas se encruelcsció contra los Christianos, creyendo que con hechizarias y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entonces al viejo, procuraba unas vezes con alhagos, otras con amenazas traerle à lo que queria. Y como nada aprovechase, prometiéndole Ustazádes que nunca sería tan loco, que dexado el Criador de todas las cosas, adorasse una de sus criaturas, movióse el Rey à gran furor, y mandó que fuesse degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al verdugo que esperasse un poco, mientras embiaba una embaxada al Rey. Y dandole lugar, llamó à uno de sus fieles criados, y dixole: Dí à Sapór estas palabras en mi nombre: Por el favor que hasta agora tuve en tu casa, ò Rey, sirviendo lealmente à tí y à tu padre (para lo qual no tengo necesidad de mas testigos que à tí) y por todos los servicios que à tu estado y casa hize en los tiempos passados, te suplico me hagas esta merced; porque ninguno de los que no saben mi causa, piense que soy castigado como traydor, ò desservidor, ò enemigo del Rey: mas à todos sea manifesta la justicia de mi

cor-

condenación, mandes que el pregonero haga saber à todos, que Ustazádes es degollado, no por traydor, ni enemigo de su Rey, sino porque confesó que era Christiano, y no quiso por mandamiento del Rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Assi lo dixo el mensajero, y assi lo mandó el Rey que se pregonasse, creyendo que con esto podria retraer à muchos de la Christianidad, teniéndose por averiguado, que à nadie perdonaria, pues mandaba degollar à su ayo y criado antiguo de su casa, y su fiel y aficionado servidor. Allende desto Ustazádes hizo que muy especificadamente declarasse el pregonero la causa de su muerte: porque viendo que quando primero por miedo de la pena adoró el sol, avia acobardado à muchos Christianos, quiso remediar el escandalo que les avia dado: para que oyendo que moria por la fé, ellos tambien se confirmassen en ella, y remedassen su fortaleza. Y desta manera el varon fuerte Ustazádes acabó su glorioso martyrio.

CAPITULO XXV.
Del martyrio de Simeón con otros muchos (quasi diez y seis mil) que fueron muertos en el reyno de Sapór por maliciosas acusaciones de los agoreros.

Simeón sabiendo en la carcel lo que avia pasado, cantó por ello hymnos y loores à Dios. Otro dia siguiente, que era el Viernes de la semana sancta (en que se celebra la sagrada memoria de la pasion de nuestro Salvador) determinó el Rey matar à Simeón: porque sacandole de la carcel, y trayendolo à palacio, hablaba à Sapór osadamente de la verdad de la fé, y no consentia en adorar al sol, ni al Rey. En el mismo dia se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos: primero à todos estos, y despues al viejo Simeón, para affligirle con vér tantas muertes de sus herma-

Tom. IV.

nos. De los cuales unos eran Obispos, otros Sacerdotes, otros Clerigos de menores ordenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino alli el principal de los agoreros, y preguntóles si querian vivir y obedescer al Rey, y adorar al Sol. Y como ninguno dellos escogiesse la vida con tal condicion, comenzaron los verdugos à emplear sus espadas en las cabezas de los sanctos. A los cuales Simeón esforzaba, llegando cerca de cada uno, y trayendolo à la memoria la fé, y la certidumbre de la resurreccion. Y con los testimonios de la Sagrada Escritura los avisaba, que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar à Christo, la verdadera y irremediable muerte. Por tanto que sufrisessen con paciencia la muerte: pues dende à pocos dias avia de venir la muerte de la carne, sin que la traxesse agena crueldad. Porque este es el fin de todos los nascidos, que no se puede escusar. Despues del qual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los dias que aquí vivieron, y recibirán galardón por lo bien hecho, y castigo por las offensas cometidas. Y entre todos los servicios que à Dios se pueden hazer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitán à sus cavalleros, y assi à cada uno embiaba informado, quando le venia la hora de su encuentro. Y como el cuchillo passasse por los cuellos de todos ciento, à la postre llegó à Simeón, y à Abecála, y à Ananías: los cuales ambos honrados viejos avian sido juntamente presos, y detenidos en la carcel con el Obispo Simeón, con quien antes avian tenido compañia en su Iglesia: y assi en la muerte no se apartaron dél. Estaba entre otros presente à los tormentos Pusicio, principal cavallero entre los criados del Rey: el qual viendo à Ananías temblar, quando le ataban para le degollar, dixo: O viejo, cierra un poco los ojos, y assegurate, que presto verás la cara de

Rr 2

Chris-

Christo. Y en diciendo esto, arrebatadamente fue preso, y llevado al Rey, y denunciado que era Christiano, y que osadamente avia hablado en favor de los martyres. Al qual el Rey mandó matar con crueldad estraña, y de forma nunca oída. Cá le mandó abrir la cerviz, y sacarle por alli la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron à su hija virgen religiosa, que era Christiana: y luego padesció martyrio. Pero cómo podré referir tantos martyres como padescieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades, y aldeas, y cortijos: y otros de su voluntad se presentaban, por no parecer que callando negaban la fé. Y desta manera matando generalmente à todos, y à nadie perdonando, murieron muchos de la casa del Rey, de los cuales fue uno Azánis que era su muy querido y familiar. De lo qual se entristeció mucho el Rey, y templó la senténia que tenia dada contra los Christianos, mandando que de ahí adelante no se matassen sino solo los sacerdotes, y doctores de la ley de Christo. Luego los agoreros y pontífices de los templos rodearon todo el reyno, buscando los doctores y maestros de los Christianos, y prelados de las Iglesias, y traxeron muchos, mayormente de la region de los Adiabenos, donde avia gran número de Christianos. Entre otros hallaron à Aceptéma Obispo con muchos de sus clerigos, y contentaronse con traer preso al Obispo, y à los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió à Aceptéma Jacobo Sacerdote de Ponto: porque rogó à los agoreros, y alcanzó de ellos que juntamente le llevassen atado. Y estando en compañía del viejo, le servia como podia, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo quanto le era posible, hasta que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzandole à adorar el sol. Pero viendo su resistencia, bolvieronle à la carcel. Dende à algunos dias el principe de los agoreros consultó al Rey, qué debia hazer de los

presos que eran muchos, Sacerdotes y Diaconos. Y recibida comission, que si no quisiessen adorar al sol, hiziesse dellos lo que quisiere, embiólos à la carcel la provision real. A la qual llanamente respondieron todos, que no harian tal trayción à Dios, que adorassen la criatura por el criador. Por lo qual todos fueron juntamente azotados, y algunos espiraron entre los azotes: uno de los cuales fue el sobredicho Aceptéma, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos Armenios, que à la sazón estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fueron bueltos à la carcel. Uno dellos era Aythalas, à quien descoyuntaron los brazos tanto, que parecia que traía las manos muertas, y otros le llevaban el manjar à la boca. En este tiempo padesció Maréa, y Bicór Obispo con quasi docientos y cinquenta clerigos, que fueron presos juntamente con él. Item Melisio, el qual primero anduvo en el exercito de los Persas, y despues de convertido à Christo, siguió la vida Apostólica. Y despues siendo ordenado Obispo en una ciudad de Persia, padesció alli primero muchas injurias y fatigas, y fue muchas veces azotado y arrastrado. Y como no pudiesse acabar con alguno de aquella ciudad que fuese Christiano, angustiado en gran manera, maldixo la ciudad y dexóla, sacando solamente una talega con un libro de los Evangelios. Y fue primero à visitar la casa sancta de Hierusalém, y despues à vér los monges de Egypto: donde conversó con ellos loablemente, segun dán testimonio los Syros que eserivieron su vida. Dende à poco tiempo para que se executasse la maldición del Obispo, los principales de la ciudad de su Obispado offendieron al Rey: por lo qual embió su exercito con trecientos elefantes à destruirla: y assi la dexaron desierta para ser sembrada. Acaesció en este tiempo que la Reyna muger de Sapór cayó enferma, y por malos consejeros

fue

CAPITULO XXVI.

El martyrio de Sant Policarpo discipulo de Sant Juan Evangelista, y Obispo de Smirna, referido por Eusebio en el quarto libro de la historia eclesiastica.

EL glorioso martyrio de Policarpo escribieron los fieles de la ciudad de Smirna à otros fieles en esta forma: La Iglesia de Dios que está en Smirna, à la Iglesia de Dios llegada en Philomelio, y à todas las sanctas Iglesias Catholicas, que por toda la redondéz de la tierra están fundadas, ruega que se multiplique sobre ellas su misericordia, paz, y charidad de Dios padre, y de nuestro Señor Jesu-Christo. Quesimos os escribir, hermanos, de los sanctos martyres, especialmente del bienaventurado Policarpo; que con su glorioso martyrio echó el sello à sus primeras virtudes. Y despues de pocas palabras dice assi: Los crueles verdugos y officiales de la maldad por espantar al pueblo, que al rededor estaba, abrian los cuerpos de los martyres con azotes que les calaban hasta las entrañas, y las partes del cuerpo que la naturaleza tenia escondidas, se descubrian. Otras veces fregaban sobre sus cuerpos puestos boca arriba conchas de los rios, y pedazos de tejas, y de otras cosas duras, y despues que acababan en ellos todas artes de tormentos, dexabanlos solos para que las crudas fieras los comiessen. Entre los cuales se señaló el varon fortissimo Germánico: el qual por virtud de la gracia divina venció todo el temor de la humana flaqueza. Porque queriendo el governador atraerle primero por razones, poniendole delante la flor de su juventud, y amonestandole que viesse compassion de sí mesmo, él de su gana apresuradamente provocaba la fierá que para él estaba aparejada, como de nostando à la muerte que se detenia, y deseando de corazon salir ligeramente desta miserable vida. Y como por la muerte deste tan esclarecido, toda la

com-

compañía de los Christianos tomasse mayor brio para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedasse espantado, sonó un grande alarido: Mueran los infieles, busquese Policarpo. Por la qual grita succedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo pues Policarpo que todo el pueblo se avia levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, segun era mesurado en su semblante, y sóssegado en sus obras, y de su voluntad esperára dentro en la ciudad como cavallero esforzado. Mas condescendiendo à los ruegos de sus amigos, apartóse à una casería cercana, donde de día y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro exercicio, sino en oraciones, suplicando à Dios por la paz de las Iglesias, do quiera que estuviessen, segun que por toda su vida acostumbraba hazer. Y estando en oracion tres dias antes que fuesse preso, vió de noche durmiendo, que la almohada de su cabecera se consumía con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño, diciendo, que sin duda saldría desta vida por tormento de fuego, por la confession de la fé. Sabiendo pues que andaban pesquizando por él, compelido por ruegos de sus hermanos se passó à otro lugar, donde no mucho despues entraron los alguaciles. Los quales hallaron luego dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió do estaba Policarpo, y assi entraron cerca de la noche en la casa do estaba en lo alto della descansando. Y pudiera facilmente passarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cumplase la voluntad de Dios. Y salió à recibir à los que le venian à prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se maravillaron. Pero mucho mas se espantaron pensando qué causa podia aver porque un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El sancto viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos,

como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, pidiendoles que entre tanto le diessen una hora de espacio para hazer oracion. La qual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mismos que le prendian se dolian; porque era mandado llevar à la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba à Dios en su oracion, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquellos de quien al presente se pudo acordar grandes y pequeños; y à toda la Iglesia Catholica derramada por todo el mundo. Y acercandose yá el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y assi fue hasta la ciudad en un dia de fiesta. Donde llegando le salió à recibir el prefecto de la paz, llamado Herodes, y su padre Nicestas: los quales le baxaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le alhagaban, diciendo: Qué mal ay en decir que Cesar es Dios, y ofrecerle sacrificios, y de af adelante vivir seguramente? Lo qual él oyó primero callando; pero viendo que porfiaban, dixoles: Por qué perdemos tiempo? No tengo de hazer lo que decís. Ellos visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella via, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pie. Mas como si ninguna injuria uviera recibido, con toda serenidad caminaba al tablado, adonde le mandaron que fuesse. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurria, y luego sonó una voz del cielo que dixo: Esfuerzate Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió quien la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba, viendo que à Policarpo querian castigar. Y como el presidente le preguntasse si era Policarpo, respondió que sí. Dixo el presidente: Pues ten respecto à tu edad, y compassion de tus canas, muda la sentencia, y consiente en la divinidad del Cesar, y injuria, y blas-

phema à Christo. Policarpo entonces dixo al presidente: Ochenta y seis años ha que sirvo à Christo, y nunca mal me hizo: pues cómo podré yo maldecir y blasphemar à mi rey y señor que me crió y me conserva hasta agora la vida? Y como le porfiasse instantissimamente que jurasse la divinidad del Cesar, dixo: Por ventura quieres ganar honra conmigo en tenerme à tu voluntad, y dissimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quien soy. Christiano soy. Y si quieres que te declare las condiciones del Christiano, determina tiempo en que me oyas. El presidente dixo: Acabalo con el pueblo. Policarpo respondió: Básteme advertelo dicho: porque somos enseñados à tener acatamiento à los principes y juezes que por Dios mandan en aquellas cosas que no fueren contrarias à virtud: al pueblo desvariado no tengo para que satisfacer. El presidente dixo: Aparejadas tengo las fieras para echarte à ellas, si prestamente no te arrepientes, y mudas el proposito. El respondió: Yá pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es bueno arrepentimiento de quien dexa el bien comenzado: mas verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseverais os convirtiesedes à la verdadera justicia. El presidente dixo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenazame con este fuego que en una hora se enciende, y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, à cuyas llamas eternas seréis los malos condenados. Mas por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ò lo otro, qual tu quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolacion con la confianza que en Dios tenia: tanto que el presidente se espantaba de la alegría de su rostro, y constancia de sus respuestas. Y luego mandó que un pregonero à grandes voces dixesse, como Policarpo avia confessado tres vezes que

era Christiano. Lo qual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignacion dieron voces, diciendo: Este es el doctor, y padre de los Christianos de toda Asia, y destruidor de nuestros dioses. Este es el que enseña à muchos que no sacrificen ni adoren à los dioses. Y dicho esto, mandaron à Philippo leonero que echase un leon à Policarpo. El qual respondió, que ya no tenía àquel cargo. Entonces mudaron proposito, y todos à una voz dixerón, que fuesse vivo quemado; para que se cumpliesse la vision que avia visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo qual fue prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ò de qualesquier otros lugares comunes, y con gran ligereza encendieron una gran hoguera. Entonces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó à descalzarse los zapatos, que nunca dias avia se avia descalizado: porque era costumbre de los fieles y religiosos varones à porfia unos descalar à otros, y Policarpo en esto y en todo lo demas fue siempre reverenciado y acatado de todos, y queriendo los porteros affixarle con clavos à un madero, dixo Policarpo: Dexadme, que quien me ha dado esfuerzo para ofrecerme à ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y assi dexados los clavos, solamente le ataron las manos por detrás. Desta manera como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció à Dios sacrificio agradable, haziendo oracion en medio de las llamas con estas palabras: Dios padre del amado y bendito hijo tuyo Jesu-Christo nuestro Señor, por quien recibimos el conocimiento de tu magestad: Dios de los Angeles, y de las virtudes celestiales, y de toda criatura, especial señor de todos los justos de qualquier linage que descendan, los quales todos viven delante de tí, yo te bendigo, porque me has traído à esta hora, en que sea partícipero de las penas de los martyres, y de la passion de tu hijo, pa-